

Tiempo de meditar

(Este editorial apareció en Hontanar de diciembre de 1994. Si lo incluimos hoy aquí, en 2006, es porque casi 12 años después, poco o nada ha cambiado en el mundo. Si el lector sustituye el nombre Bosnia por Iraq, verá que no hay casi diferencias.)

El mes de diciembre nos recuerda que estamos bebiendo los últimos sorbos de la copa del año 1994, y que nos quedan muy pocos para el fin del milenio. Muchos cristianos estarán pensando en la segunda venida del Mesías, por esa extraña costumbre que tenemos los seres humanos de relacionar la vida con ciertos números; pensamos que aquellos que completan en el tiempo un ciclo de nuestro sistema decimal – cien, mil, dos mil – deben tener cierto significado especial. (Muy distintos serían nuestros resultados al medir el valor de las cosas, las distancias y el tiempo, si el ser humano hubiese venido al mundo con sólo ocho dedos, por ejemplo). Rara vez pensamos, además, que nuestro planeta, en su eterno girar en torno al dios sol, no tiene en cuenta ningún punto de su órbita para marcar el fin o el principio de otro ciclo de tiempo, ya sea año, década o siglo.

Por eso a veces me parece estólida la importancia que le da cierta gente – verbigracia la prensa australiana – al fin de una década, de un siglo o de otro período de tiempo cualquiera; los valores morales, las modas y tendencias, las religiones, los sistemas políticos o filosóficos, no comienzan un 1o de enero o finalizan un 31 de diciembre, que son medidas de tiempo fijadas muchos siglos atrás por hombres como nosotros. Pero bajo esas pautas vivimos, y a ellas nos ceñimos, porque constituyen un orden necesario para la convivencia .

Esta digresión (que el buen lector sabrá dispensar), sólo pretende sugerir que no debemos exagerar la importancia de las fechas que cierran un ciclo; pero eso sí, podemos aprovechar la contingencia del año que se va y hacer una pausa en nuestro diario trajinar, seamos o no creyentes en la historia de María, José y el Niño, historia que sin duda cambió la faz del mundo; un paréntesis absolutamente necesario, especialmente en esta época y en esta sociedad donde por lo general no queda un minuto libre para detenernos a examinar nuestras vidas.

Una persona amiga que viajó recientemente a su patria de nacimiento me comentaba que ha regresado con la impresión de que allí (por lo menos entre muchísima gente) todavía se considera que los sentimientos son más valiosos que los logros materiales y las presiones de la vida práctica.

Pero no se trata hoy solamente del materialismo y el ansia por los bienes de consumo característicos de estos tiempos, sino que es algo más profundo. Es el comprobar con amargura que se están desmoronando en forma acelerada valores que eran casi sagrados para nosotros.

Me decía un amigo, a quien se acusaba de adoptar casi siempre una posición pesimista: "¿Cómo ser optimistas cuando vemos diariamente derrumbarse una forma de vida que creíamos apuntaba al perfeccionamiento de las relaciones humanas, a la verdadera justicia, a la libre búsqueda de la felicidad, a la paz entre los hombres, a la erradicación de la miseria, del odio y de las guerras en el mundo?".

Admitamos que todo es relativo. Esos valores que en nuestra niñez y juventud nos parecieron absolutos, aquel socialismo altruista con que nos amamantaron, las rígidas normas del hogar paterno, impregnadas, no obstante, de un amor incondicional, no lo serán (absolutos) hoy para un(una) joven de veinte años, que ve el mundo totalmente distinto a como lo vemos nosotros, porque carece de la perspectiva que da el haber vivido bajo la égida de dichos valores. (¿Será que nos estamos volviendo viejos?)

Observemos: A fines de este siglo y de este milenio, la violencia incontrolada reina soberana en el mundo; en Bosnia o en las calles de cualquier ciudad, y hasta en nuestro hogar, por medio de una caja electrónica. Hoy parece valer más la sutileza que la honestidad; la astucia más que la valentía; la vanidad más que la humildad; el fanatismo más que la tolerancia. La ambición desmedida escarnece a quienes creemos en la amistad y el amor. El terrorismo es algo habitual y casi diario en muchos países. El cine y la televisión – influencia avasallante en la vida de las nuevas generaciones – se han transformado en un curso completo en el arte de destruir lo bello (lo bueno), o en el de abrirse paso en la vida pisoteando a los demás. Sabemos positivamente que esos dos medios envenenan las mentes juveniles, pero a quienes tienen autoridad para limitarlos drásticamente, les importa un comino. Los políticos (contadas excepciones aparte), confiesan lo que todos sabíamos: que muy rara vez son veraces. Hay periodistas, – profesión que tiempo atrás se creía era sinónimo de idealismo, – que no tienen idea del significado del vocablo “ética”, y al igual que los buitres, esperan la muerte de

alguien que mal o bien dejó su huella en esta vida, para caer sobre su memoria y ensañarse sacando a luz los defectos, los errores y todo lo débil del barro humano, a veces hasta calumniando en forma por demás cobarde a quien ya no puede defenderse, como si ellos fuesen seres sin mácula y libres de culpas.

Hoy por hoy, hombres dedicados toda una vida al trabajo honesto, se enciegan en un instante y entran en el engranaje del tráfico de drogas, tirando por la borda el amor propio y avergonzando a su familia y amigos. No piensan en las vidas (muy jóvenes en su mayoría) que probablemente serán arruinadas, o en las familias que serán destruidas por su codicia.

Si a todo esto agregamos que muchas veces echamos de menos aquel calor humano, aquella energía vital del alma de nuestra gente, la intensa pasión y el sentimiento que se vuelca en todo lo que se hace, y que perdimos al emigrar, el panorama se presenta más sombrío aún.

Por esa razón creo que al final del año es obligatorio hacer un alto en esta carrera que por momentos me parece absurda, mirar a nuestro alrededor y meditar. Usted podrá preguntarse, por ejemplo: ¿Habrá una forma de encauzar la humanidad hacia un destino más venturoso que el que se vislumbra en vísperas del tercer milenio? ¿O será que ya hemos gastado demasiada energía en la lucha y no queda una gota de optimismo en nuestro espíritu? Tal vez en el siglo XXI deberíamos entregar las riendas de la humanidad a hombres y mujeres distintos a los líderes actuales? Pero ¿cómo se puede lograr eso? Y finalmente también, ¿hay algo que yo pueda hacer, por los demás y por mí mismo?

Éstas y otras interrogantes nos plantearemos, estimado lector, al acercarse el nuevo año; y a pesar de lo oscuro de este panorama, yo creo poder contestar a esta última. Podemos sí, hacer algo por nosotros mismos y por los demás: podemos hacernos el firme propósito de luchar con todas nuestras fuerzas para que en el año que pronto llega, mantengamos una fe inquebrantable en el poder de superación del espíritu humano; podemos tratar de eliminar el odio que sentimos por quienes nos han hecho sufrir, y acrecentar el amor por quienes nos brindan afecto. Tengo la certeza de que en esa lucha y en esa fe muchos de nosotros habremos de encontrar eso indefinible e inexplicable que buscamos con tanto ahínco.

El "Mesías" de cada ser humano se encuentra en su propio interior. En esta Navidad busquémoslo ahí.

EL EDITOR